

★ ALFREDO CARDONA PEÑA ★

ilustraciones de
JESÚS ESCOBEDO



BIBLIOTECA DE CHAPULÍN
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



LA MÁSCARA QUE HABLABA

ALFREDO CARDONA PEÑA

ilustrado por
JESÚS ESCOBEDO



Universidad Nacional Autónoma de México
México 2022

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información
Nombres: Cardona Peña, Alfredo, 1917-1995, autor. | Escobedo, Jesús, ilustrador.
Título: La máscara que hablaba / Alfredo Cardona Peña ; ilustrado por Jesús Escobedo.
Descripción: Primera edición facsimilar. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2022. | Serie: Biblioteca de Chapulín. | Material infantil.
Identificadores: LIBRUNAM 2137339 | ISBN 9786073059886.
Clasificación: LCC PQ7297.C2484.M37 1944a | DDC 861—dc23

Primera edición: Secretaría de Educación Pública, 1944.

Se agradece la participación de la Fundación Alfredo Harp Helú en la edición de esta obra.



Primera edición: 12 de abril de 2022

Primera edición facsimilar autorizada por la Secretaría de Cultura | Dirección General de Publicaciones | Dirección Editorial y de Producción | Oficio DGP/DEyP/016/2021.

D. R. © 2022 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510,
Ciudad de México
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-5985-5 (colección)
ISBN: 978-607-30-5988-6

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.
Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.
Impreso y hecho en México

LA MÁSCARA QUE HABLABA

(EDICIÓN FACSIMILAR)

★ BIBLIOTECA DE CHAPULIN ★

LA
MASCARA
QUE
HABLABA



POR
ALFREDO CARDONA PEÑA
ILUSTRADO POR
JESUS ESCOBEDO

★ *Secretaría de Educación Pública • México, 1944* ★



COMO me lo contaron te lo cuento. Yo creo que todos debemos creer la historia de la Máscara que Hablaba, así como la de las ambiciones del Rey Sol, cuya vida y milagros en ella están contenidos. Ya la razón por la que debemos creer en esta narración es muy sencilla: te bastará saber que a mí me la contó una viejecita muy arrugada y muy buena, que se llamaba Micaelita. El papá de esta viejita, que se llamaba don Sinforoso o don Sinforiano (no estoy muy seguro) se la sabía de memoria, y una tarde se la dijo a su hija, que entonces era una niña encantadora. A su vez, don Sinforoso (creo que éste era el nombre verdadero) escuchó el cuento de labios de otro viejito, que tenía unas barbas tan largas que cuando caminaba se le enredaban entre las piernas, por lo que tuvo que amarrárselas encima de la cabeza, como esos grandes pañuelos que uno se pone cuando tiene dolor de muelas. A este viejito, le contó la historia otro más viejito todavía, y a



este viejito. . . bueno, pero nunca acabaremos de esta manera. La historia ocurrió, y nada más. Hay quien afirma que fué encontrada escrita en una piel de cabra muy bien enrollada y metida en una botella de color azul, a la orilla de un mar que luego se secó, dejando afuera todos sus secretos (barcos lindísimos, el arca de Noé, ballenas disecadas y una infinidad de caracoles, que son los discos del mar, porque gracias a ellos se puede oír platicar a las olas).

Se sabe también que el primero que encontró la piel de cabra, luego que la extendió para ver lo que tenía escrito, tuvo muchas dificultades, pues como habían pasado tantos años, las letras estaban borrosas, y hubo necesidad de traer una gran lente de aumento para poder descifrar aquello.

Del rey que ahora vas a conocer se saben cosas prodigiosas. Dicen que tenía una alberca llena de peces de oro y plata, que por la noche se encendían y corrían de un lado para otro, como tranvías eléctricos. Otros afirman que un mago cortó un pedazo del arco-iris, lo encerró en una caja, e hizo un viaje muy largo, a través de continentes misteriosos llenos de fieras, hasta que llegó al castillo del rey y se la regaló. Cuando el rey daba alguna fiesta, abría la caja, y los salones se llenaban de escaleras de nubes, cada una de color distinto, por las que se podía subir hasta el cielo. Pero los que allí llegaban no querían regresar, y entonces el rey no la volvió a abrir, porque se estaba quedando sin gente. ¿Qué te parece? Pero ya me estoy prodigando mucho, y como me figuro que estaréis impacientes por conocer la historia de la Máscara que Hablaba, allá te va.



HACE muchísimos años que existió un rey inmensamente rico, dueño de cuantiosos tesoros y soberano de vastísimas tierras. Tan famoso llegó a ser por sus riquezas, que en todo el reino, y aún en los vecinos, se le conocía con el nombre de “El Rey Sol”, para manifestar su poderío. Tenía un castillo de oro macizo, edificado en una altura rocosa; imponente era el espectáculo que ofrecía, con toda la soberbia de sus mil resplandores. Acudían los viajeros de todas las comarcas, para admirar el poderío de aquel gran señor. El Rey Sol era temido y respetado de todos.

Una mañana despertaron los habitantes del reino al ruido de mil timbales y trompetas unido a un gran movimiento de caballería, promovido por los voceros reales, los cuales anunciaban, montados sobre esbeltos corceles, la última voluntad del Rey Sol. Consistía esta en un Ministerio ofrecido a aquella persona que presentase un regalo digno de su persona. Por un regalo digno de su persona se entendía algún tesoro de poder fabuloso, algo así como el anillo de los enanos Nibelungos, que eran unos hombricitos que vivían en un bosque donde los árboles hablaban. Porque el Rey Sol era caprichoso como ninguno para aceptar la calidad de sus bienes. Dueño era de las bellezas más sutiles. Suyo



era un ejército de elefantes blancos que tenían colmillos de nácar. Suyos los cisnes albos que ofrecían sus espaldas para remontarse a los cielos, como los pegasos alados. Suyos los lentes maravillosos con los que se miraban visiones angélicas. Suya una colección de piedras preciosas de todos los colores y tamaños, capaces de oscurecer al sol con el destello de sus gemas... aquel gran rey lo poseía todo. Pues Asia, Africa y Oceanía, todos los continentes llenos de leyendas y maravillosas le ofrendaron sus arcones. Así las cosas, ¿qué podían darle aquellos pobres campesinos? ¿Qué podían ofrecer a dueño tan poderoso?

El peligro de la omnipotencia humana estriba precisamente en un deseo loco de poseer, y poseer más de lo que se tiene, originando así la ambición. Y el Rey Sol era un poco ambicioso.

Por eso un buen día, y con el natural asombro de las gentes, se presentó en su palacio un extranjero que traía un regalo. Nunca se supo quién era ni de donde venía. Únicamente se averiguó que habiéndose enterado del deseo del rey, estaba dispuesto a satisfacerlo, dándole un tesoro que entusiasmaría a toda la corte. El extranjero pidió audiencia, se le concedió, y penetrando en el

salón de mármol rojo y espejuelos donde el monarca ofrecía las recepciones, ante toda la corte y frente al trono de Su Majestad, se descubrió, hizo una graciosa reverencia y dijo:



—Poderoso señor, vuestro nombre llena de esplendor la faz de la tierra. La fama de vuestro nombre ha llegado a oídos de mi padre, que es el soberano de la Tierra Feliz, y ha querido él que monarca tan poderoso tenga en sus manos el presente que me encargó daros, y que pondré inmediatamente en vuestras manos. El terminará por haceros feliz.

Y diciendo esto, abrió un saco del que presentó una enorme máscara que provocó la general hilaridad por lo grotesco de sus facciones. El Rey Sol se puso furioso y amenazó con meter en prisiones al extranjero que se permitía tales bromas. Pero el príncipe explicó:

—Esta es una máscara mágica. Colocadla en la pared y en seguida tendrá vida, hablará y pensará como cualquier persona. Haced la prueba. Yo me marcho, porque habiendo cumplido el deseo de mi padre, me constituyo en adelante en heredero de sus dominios.

El rey ordenó que fuese colgada; se hizo la operación y todos observaron cómo la máscara abría los ojos y miraba a uno y

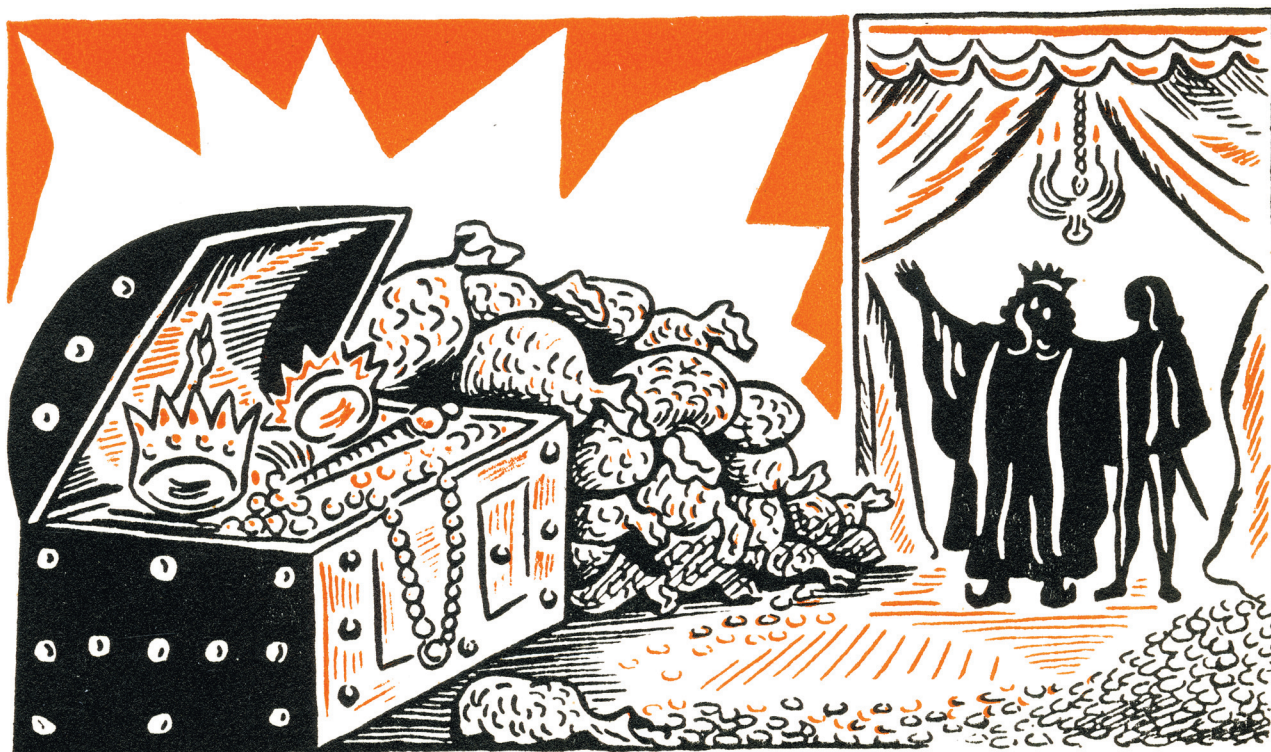
otro lado, como reconociendo el lugar en que se hallaba. En seguida lanzó una estridente carcajada y se puso a hacer guiños maliciosos, contorsiones ridículas, muecas y un sinfín de tonterías. El entusiasmo y la admiración fueron unánimes. Al rey se le saltaron las lágrimas de la risa y rió hasta dolerle el estómago. Los serios y respetables ministros de Su Majestad, los viejos a quienes jamás una sonrisa había iluminado sus rostros, olvidaban su alta jerarquía y sus años y reían, reían desmedidamente. Sólo las cortesanas, temerosas de que aquella máscara fuese el mismo demonio, se santiguaron y salieron al instante. El Rey Sol se puso feliz. Bajó del trono y abrazó emocionado al príncipe por la alegría que le proporcionaba la adquisición de aquel tesoro; después lo invitó a conocer sus dominios. Pasaron a un salón, y a otro, y a otro... todos cargados de maravillas. Pero, ¡cosa rara! el príncipe no manifestó su admiración, ni se inmutó ante la presencia de los elefantes blancos, ni ante los cisnes voladores, ni ante los ruiseñores de oro. El rey observó su indiferencia y le preguntó:

—¿Tiene vuestro augusto padre, por ventura, alguno de estos tesoros?

—Mi padre —le contestó el príncipe— lo tiene todo puesto que es completamente feliz.



El rey se grabó esta respuesta; le ofreció como regalo lo que quisiera, pero su galantería fué rechazada, porque en el Reino Feliz todo aquello salía sobrando. Y el rey, por primera vez en su vida, se puso a pensar si las riquezas serían suficientes para que la dicha nos posea como una bella realidad...

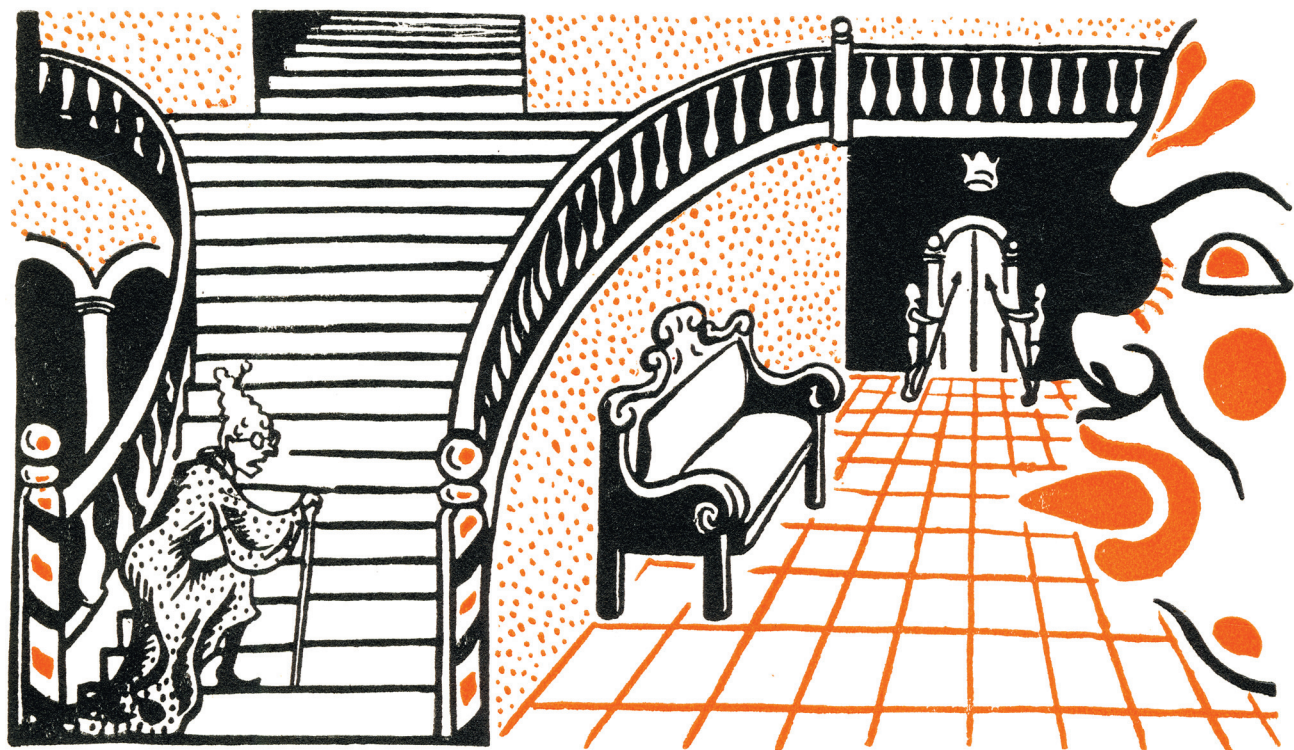




L éxito que la máscara parlante alcanzó en la corte fué completo. La noticia del nuevo hallazgo se difundió rápidamente, y pronto fueron las romerías de gentes a palacio, para conocerla personalmente. Todos reían sus ocurrencias. Todos aplaudían sus respuestas. Era maravillosa. Sencillamente maravillosa. ¡Una máscara que hablaba! ¡Y de cartón! ¡Habéis visto, queridos niños, esos cabezudos que tanto os divierten en los carnavales? Pues así era; fea, enormemente fea. Por detrás, hueca completamente, ni un hilo, ni un alambre, nada. La ponéis en la pared, y aquello se mueve por sí sólo, y piensa y discurre como cualquier bromista. ¡Qué os parece?

—La máscara era un poco indiscreta, y revelaba fácilmente faltillas y secretillos palaciegos. Por ella se enteró el Monarca de que Pancho, el primer mayordomo, acostumbraba tomarse unas cuantas copas del mejor vino despensero. Y de que el Vizconde

Cuatacho usaba peluca. ¡Cuántas cosas reveló la taimada máscara! Era una verdadera imprudencia sostener una conversación delicada en presencia suya; al día siguiente la sabía todo el mundo, y hasta los criados comentaban el asunto. Provocaba recelos y temores a las viejas cortesanas. El ama de llaves de la Marquesa Engracia padecía de reumatismo y sufría al subir y bajar escaleras, sólo por el hecho de no pasar delante de la careta. Era ingeniosa, satírica, hiriente: decía a todos la verdad. Además, pensaba como cualquier persona, y daba respuestas favorables y soluciones atinadas para los graves problemas de la corte. Era payaso y consejero al mismo tiempo. Por todo lo cual Su Majestad el Rey Sol, cada día más entusiasmado con su nuevo tesoro, la destinó para sus reales habitaciones, colgándola encima de la cama.





EN su cama de plata, sobre ricos cojines orientales y bajo un finísimo dosel hecho con hilos de oro, el Rey Sol dormía. Dormía y roncaba. Todo rey, sobre todo si es gordo, ronca. Y el Rey Sol era gordo y roncaba. Una semioscuridad permitía ver el rostro bonachón y las grandes barbas del monarca. Era lo único visible de su persona. Reinaba el más completo silencio. Únicamente se escuchaban los ronquidos y la máquina del reloj colocado en la mesa de noche. El reloj tasaba los minutos ceremoniosamente; ¡tac, tac, tac! La máscara no se había dormido y observaba todo el aposento con sus ojos fosforescentes, como los de los gatos. De improviso, de una abertura disimulada en un rincón del cuarto apareció un enanito misterioso, que era como todos los enanitos de los cuentos: de luengas barbas, pequeñito como las niñas que no saben andar, y de bonete rojo, como los de los astrónomos. El enanito se dirigió cautelosamente hasta un cofre de bronce que

contenía ricas pedrerías; pronunció una palabra mágica y lo abrió. Un torrente de luz iluminó la cara del gnomo. No hay que decirte, lectorcito, que desde su llegada fué observado por la máscara, quien no perdió detalle de sus acciones. Así que cuando el viejecito alargó la mano para tomar una piedra, la máscara gritó con todas sus fuerzas:

—¡Señor Rey, Señor Rey, que te roban!

A los gritos despertó el rey, encendió las luces, llamó a los criados. En vano buscaron por todo el cuarto, revolvieron todos los rincones. La abertura no fué vista, y todos lo tomaron como una broma de la máscara. Volvió a reinar el más profundo silencio. Cuando calculó que todos dormían, el enano tornó al cofre, y al intentar robar la piedra, la máscara grito por segunda vez:

—¡Señor Rey, Señor Rey, que te roban!





Despertó el rey, sobresaltado. Rápido como una gacela, el enanillo se escondió en la pared. Llegaron los criados. Pero esta vez, la supuesta broma causó mala impresión, porque era un desacato a Su Majestad, y el Rey amenazó a la Máscara con descolgarla, condenándola así a guardar silencio, si volvía a interrumpirle el sueño. La máscara no dijo nada. Temerosa del castigo, prefirió dormirse como los demás. Un rato después todo era calma. Por tercera vez apareció por el agujero... no ya un enano, sino un ejército de enanos que traían escaleras, cuerdas y un gran pañuelo. Sin duda alguna, viendo que la máscara impedía sus fechorías, resolvieron robarla también para accionar a sus anchas. Colocaron las escaleras; subió un gran número de ellos y estamparon el pañuelo en la boca de la careta. Esta despertó, asustadísima. Intentó gritar y no pudo. ¡Claro! El pañuelo ahogaba su voz. ¡Habéis observado, amiguitos, cómo nos ponemos cuando un bocado se nos va por mal camino? Pues esto no es nada comparado con lo que sentía la máscara. Se asfixiaba. Los ojos se le saltaban. Por fin, haciendo un gran esfuerzo, logró



quitarse la mordaza, y gritó, esta vez desaforadamente y sin importarle un comino el sueño del amo:

—¡Señor Rey, Señor Rey, que me roban. Señor Rey, que me roban, que me rooooban!

Tanto gritó tanto escándalo armó la desgraciada que de nuevo despertó el rey y acudieron los criados. No querían dar crédito a lo que veían. Trabajo les costó agarrar todos aquellos enanitos, que lloraban desconsoladamente y se tiraban de los cabellos. Fueron encerrados en una canasta, para juzgarlos y disponer de ellos al día siguiente. De nuevo el Rey se fué a dormir. Hasta los criados se durmieron. Sólo la máscara no pegó el ojo en toda la noche, jadeando y con la lengua de fuera. El susto no era para menos.





L día siguiente, muy temprano, la cesta que contenía los enanitos fué conducida al salón donde se llevaría a cabo el juicio, porque el Rey había amanecido de muy mal humor con los sucesos de la noche y quería terminar pronto.

Se abrió la cesta en presencia de todos los mandatarios, y los gnomos fueron puestos en fila. Los pobrecitos estaban con mucho miedo, porque la presencia de aquellos señores a quienes veían altos como gigantes, les infundía pánico. El Rey exclamó con voz dura:

—Si no me explicáis satisfactoriamente el motivo por el que estábais anoche en mi cuarto, os condeno a muerte.

Entonces los gnomos hicieron un círculo para conferenciar, y así, abrazados unos a otros, por los hombros, deliberaron un rato. Por fin, el más viejo de todos, el que había intentado robar el diamante, se adelantó, y con voz temblorosa y dijo:

—Nosotros somos los gnomos que protegen a los desvalidos. ¡Si viera Vuestra Majestad cuánto necesitado hay en el reino! Para llevar a cabo nuestra misión, nos metíamos en vuestras rea-



les habitaciones, y del cofre de bronce forrado en muselina roja que tiene Vuestra Majestad en el cuarto, sacábamos cada noche una piedra preciosa con la que socorriamos a los pobrecitos del país. Pero llegó a remordernos tanto la conciencia al efectuar una acción que no tenía el conocimiento de Vuestra Majestad, que nos dirigimos al Soberano del Reino Feliz en busca de consejo. El nos dijo que buscaría un medio de que nos sorprendieran en vuestra habitación, y que este descubrimiento os conmovería en favor nuestro. Pero como pasó mucho tiempo, el asunto se nos olvidó por completo, de tal manera que la máscara, que fué el medio seleccionado por el Soberano en cuestión para que Vuestra Majestad se diera cuenta de lo que hacíamos, casi nos mata del susto. Ahora nada nos falta que decir. Cumpla Vuestra Majestad su voluntad, que será acogida con resignación. Calló el enano y el Rey dijo:

—Me habéis convencido y os perdono la vida; desde hoy viviréis en palacio y os daré el dinero que queráis para vuestra obra humanitaria.



HAN pasado varios años. Los enanitos viven muy contentos con su rey, a quien cuidan mucho porque ya está viejito y achacoso. Aquel reino llegó a ser el más poderoso de la tierra, porque todos sus habitantes tenían cómo vivir, y de esta manera no se conocían los mendigos. Se me olvidaba decir que a la máscara se le compró un loro muy hablador con el que sostenía largas y graciosas pláticas, y que todo fué bienaventuranza.



ESTE CUENTO SE IMPRIMIO
EN LOS TALLERES GRAFICOS NUM. 1
DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
PUBLICA Y SE TERMINO EL 18
DE SEPTIEMBRE DE 1944



ALFREDO CARDONA PEÑA nació en San José, Costa Rica, en 1917. Desde muy joven vino a México para trabajar como periodista en el periódico *Novedades* y otros medios. Le gustaba ser reportero y entrevistar a muchas personas. Escribió poemas, cuentos breves de ciencia ficción y hasta cómics. Monstruos y extraterrestres eran de sus personajes favoritos. Recibió varios premios a lo largo de su vida, gracias a su poesía y a sus libros para niños.

JESÚS ESCOBEDO nació en El Oro, Estado de México, en 1918. Desde pequeño dibujaba y a los diez años comenzó a estudiar en la Escuela de Pintura al Aire Libre. Tuvo buenos maestros que lo orientaron, y a los doce años presentó su primera exposición en Bellas Artes. Trabajó en la Secretaría de Educación Pública, ilustrando libros para niños. Como le importaba mucho lo que ocurría en México, dejó su testimonio en murales, pinturas y grabados sobre la historia de nuestro país.



Escanea el código y
sabrás más sobre
Biblioteca de Chapulín.



La máscara que hablaba, de Alfredo Cardona Peña, ilustrado por Jesús Escobedo Trejo, editado por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas y la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 6 de mayo de 2022 en los talleres de Impresos Vacha, S. A. de C. V., ubicados en la calle Juan Hernández y Dávalos núm. 47, colonia Algarín, alcaldía Cuauhtémoc, C. P. 06880, Ciudad de México. Se tiraron 2000 ejemplares con papel Bond de 120 gramos, en interiores, y con cartulina sulfatada de 14 puntos, en forros. Impresión en offset. En la composición de la cubierta e interiores se utilizaron fuentes de la familia Adobe Jenson Pro. Dirección editorial: Socorro Venegas. Director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas: Pablo Mora. Coordinación general: Elsa Botello. Coordinación académica: Laurette Godinas. Investigación: María Andrea Giovine, Alejandra Hurtado y Laura Elisa Vizcaíno. Coordinación editorial: Mariana Mendía. Cuidado editorial: Rosalía Chavelas. Supervisión editorial (IIB): Josué Brocca Tovar Kuri. Digitalización: Luis Emilio Gómez Herrera. Diseño de portada, retoque y posicionamiento de imágenes: Erika Dávalos y Miguel Venegas. Agradecimientos especiales a Luis Alberto Cruz y Alberto Partida de la Biblioteca Nacional de México.

E*l Rey Sol era conocido por sus riquezas, pero aún con todas* ellas siempre deseaba algo más. Un día pidió a su reino y más allá de la comarca que le trajeran un regalo especial. ¿Qué le obsequiarías a alguien que lo tiene todo? El príncipe de un país lejano tuvo la idea de llevarle una máscara mágica: al colocarla en la pared, comenzó a observar, escuchar y hablar, ¡hasta muecas podía hacer! ¿Te imaginas lo que provoca un obsequio como éste dentro del palacio más rico del mundo?

¿Alguna vez has pensado qué leían las niñas y los niños de antes? ¿Cuáles eran sus historias? *Biblioteca de Chapulín* te transportará muchos años atrás. Conoce los cuentos que leían tus abuelas y abuelos a tu edad: historias que han estado vivas por mucho tiempo y que hoy llegan a tus manos por el valor del trabajo de escritores e ilustradores, artistas todos, que pensaron en ti aun sin conocerte. Cada uno de los libros de esta *Biblioteca* te llevará por diferentes caminos: visita países lejanos, como Rusia o China, descubre misteriosos objetos con poderes mágicos, aprende canciones nuevas y vive aventuras junto con ratones, gorriones y renacuajos fabulosos. ¡Anímate a conocerlos!



Escanea el código y
sabrás más sobre
Biblioteca de Chapulín.